

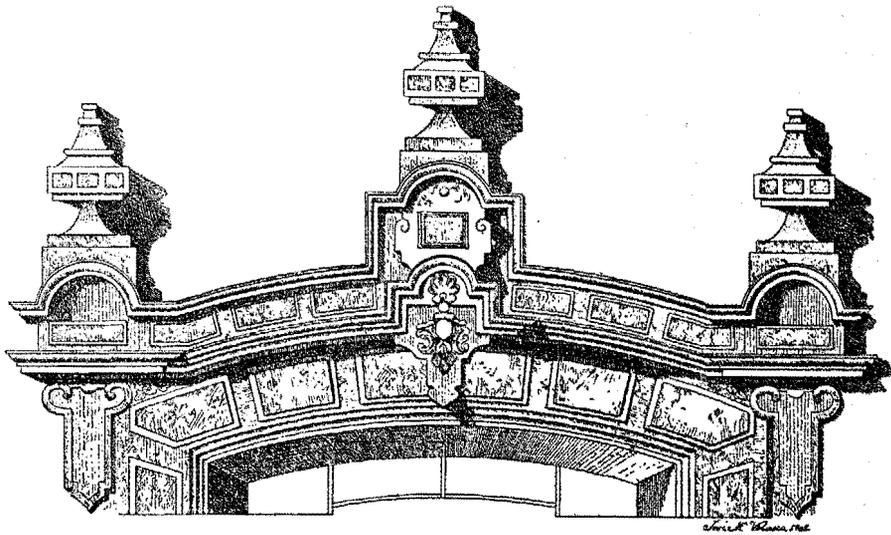
# CUAUHTÉMOC

SU NACIMIENTO Y EDUCACION,

POR

ROBERTO ARGÜELLES BRINGAS

CON RESPETO Y GRATITUD,  
A MI MAESTRO  
EL SR. LIC. D. GENARO GARCÍA.



## CAPITULO I.

### EL IMPERIO AZTECA EN TIEMPOS DEL NACIMIENTO Y LA INFANCIA DE CUAUHEMOC. 1502-1511.

Sobre el fuerte *llatocaicpalli*, en que reflejos hialinos y metálicos recamaban policromías vivaces y fastuosas, Moctezuma Xocoyotzín ungía su austera humanidad con divina preeminencia, y, absorto y rígido en la convicción de su origen divino y en la seguridad de su poder terrestre, regía con ademán augusto y mirada profunda la supremacía de su raza guerrera y devota sobre pueblos sencillos, artistas, longevos y distantes.

Ciñó á sus sienes febriles la diadema áurea de los emperadores, tras larga vida de meditación en los *teocallis*; y, al despertar sonámbulo de su éxtasis, junto á terribles divinidades de entrañas desoladas y de sed insaciable de sangre victimada, vióse frente á frente de horizontes surcados de nubes de opulencia y llenos de fulguraciones regias como pompas de crepúsculo fantástico; y, afirmando el *cactli* de oro, y envuelta el alma en sombra densa y trágica, se puso en pie lentamente, y fatalmente marchó entre círculos de fuego de ambición desenfrenada; y de la mano de apetitos

brutales de poder, y apoyado, como en robusto báculo, en hipócrita sagacidad, marchó sobre el destino tenebroso, agrandando con tiránica firmeza su religiosidad y su soberbia ante la humildad de sus súbditos, condenada á bajar los ojos á su paso.

Pontífice, ejemplificó devoción y penitencia; guerrero, ilustró valor y audacia; monarca, hizo esperar para la Nación México claros días de gloria, luengos campos de conquista, inexhaustos tesoros de tributos, interminables cadenas de cautivos.

Los dioses, á su exaltación, debieron alegrar sus rostros fatales con muecas pavorosas de agradecimiento.

El poderoso *tecuhtli* había sido el confidente de los númenes; y por su boca sagrada salieron los sapientes oráculos que la muchedumbre acogía con respetuoso terror. Fué, entre los sacerdotes, el predilecto de los dioses; y durante las negras horas de la noche, mudo ante el fuego inquieto de los altares, estremecido por el hondo viento desencadenado en la selva mitológica, abrumado bajo la solemnidad augusta de las constelaciones silenciosamente fulgurantes en el recogimiento de la tiniebla solitaria, recibió, en la ansiedad de su espíritu trémulo eternamente, las confidencias divinas, á veces, misteriosas, suaves; á veces, como brisas sobre flores; de cuando en cuando, graves, como murmurios de ahuchuetes, y con frecuencia, henchidas de iracundia estrepitosa, como inmensas amenazas de huracanes.

Llegó, pues, el valiente Moctezuma, de los rojos misterios de la religión, por las gradas del templo patinadas de sangre y olientes á sacrificio, hasta el trono sostenido por una añeja fidelidad rendida; y recogió la vasta herencia que le dejaba el bravo y cruel Ahuizotl, cuando aun no se apagaban en su fervor supersticioso los ecos de los secretos de los dioses, y su mano con movimiento ritual parecía elevar continuamente á la faz formidable de Huitzilopochtli, el sacro sahumador chisporroteante y oloroso, de cazoleja exornada á maravillas de dibujo y de esbelto y elegante mango que sonaba con el extraño ruido de las guijas que en rítmico rodar chocaban en su hueco interior de barro. Y, como su más alta aspiración ostensible había sido enaltecer á todo trance el culto sangriento y procurar la mayor espléndidez de las fastuosas prácticas de las liturgias pavorosas, la clase sacerdotal lo acató á su advenimiento al trono, con unánime beneplácito, viendo en él la encarnación solemne de su ideal obscuro, y confiando en que sabría acrecentar el terror de las tremendas divinidades en el recogimiento de los fieles, y el respeto de los sacerdotes en la consideración de los siervos.

Los guerreros esperaban de él grandes hazañas, ya que lo habían visto, en múltiples y gloriosas ocasiones, atravesar en la arrogancia rugiente de su alto rango de *Tlacochealcatl*, por entre la furia enemiga, semejante á Tláloc, el que lleva en su frente la tormenta y desata con sus dientes de rayos la desolación y el exterminio, y lo habían seguido, con ímpetus de ráfagas, en sus devastadores triunfos á través de pueblos ardientes, de bosques aterrados, de dinastías muertas, de razas abatidas.

Los mercaderes ejercitaban sus músculos y su resistencia, para poder salvar las enormes distancias que los cansarían en sus futuros viajes por regiones fabulosas, en busca de plumajes irisados, de piedras rutilantes, de frutos exquisitos, de mantas riquísimas, de cacao, de oro, de plata, de cobre, de joyas, de perfumes, con que llenar sus alforjas y doblar sus espaldas al regreso triunfal á la patria prestigiada.

Los *macehuales*, atados á las clases superiores por el pacto de Atzacapotzalco, y pacientes servidores de los próceres, se preparaban, en el abandono de su hambre y desnudez, á rendir su ignorancia y su ruindad transportando desde agrios confines los bloques ciclópeos que darían cuerpo y prestarían ornato á macizas construcciones, indudablemente trazadas en el ensueño de orgullo del rey, para su mayor gloria y la conservación de su recuerdo en las pósteras generaciones estupefactas.

\*  
\* \*

Aun recordaba el Gran Consejo Electoral—reunido á raíz de las exequias de Ahuítzotl para escoger á aquel que debía proseguir aumentando el poderío azteca—el aspecto humilde y la apariencia resignada con que Moctezuma, irguiéndose de prez intensa, oyó el resultado que lo favorecía; y no se olvidaban los propósitos de gobernar bien y siempre fiel á la tradición de sus mayores, que dijo en arenga suave con voz dulce, temblorosa en lágrimas, mientras sus oyentes inclinaban las frentes pensativas, sintiendo correr por su silenciosa actitud el estremecimiento de la visión de los memorables sucesos, que, para ellos, presentaba un futuro de grandezas evocado y sentido en la persona del joven Gran Sacerdote amigo de los dioses.

El sabio rey Netzahualpilli y el modesto Totoloquihuatzin aprobaron de cortés manera la acertada elección.

Excesivo aumento de fe en la idoneidad del nuevo rey hubo en el interés público, cuando aquel Señor sañudo dió los primeros mandatos de su voluntad, disponiendo un cambio radical en altas dignidades, con substitución de mandatarios que erigiera su antecesor, por hombres adictos á su persona, y condenación á muerte, sin apelación, de todos aquellos que osaren desatender ó discutir sus órdenes tiránicas. Y al verlo enriquecer en amplio perímetro su lujoso palacio, y rodearse de una corte numerosa y magnífica, regida por un ceremonial estricto y aparatoso, la expectación tendió sus miradas ávidas al porvenir, en espera de épocas gloriosas de bienestar y riqueza para la Nación, que era incansable en su continuo guerrear y estaba dispuesta á todas horas á mantener, sobre la resistencia de las demás agrupaciones políticas y etnológicas, contrarias á su preponderancia, la supremacía moral que llevó á la raza mexicana, conducida desde dolorosos siglos atrás, por el vidente Ténoch, entre naciones enemigas y soportando vicisitudes sin cuento y saliendo ilesa, aunque á veces afligida y vacilante, de todos los fracasos y todas las esclavitudes, hasta encontrar al águila real que marcó, con su heráldico gesto destructor de sierpe rastrera, el sitio donde fundar la ciudad que más tarde sería la señora de estas tierras; cuyos hijos, después de quebrantar, con espanto de los reyes sus dueños, yugo pesado y duro, á un esfuerzo acusador de energía amenazante, surgieron poco á poco de su abyección, levantando en sus robustos hombros la pesadez de noche infinita de su cosmogonía rectificada en Tollan, y la crueldad espantosa de su creencia mística alimentada de vidas de hombres; levantando en vilo su pasado errante y heroico, irremisible, irrecusablemente, á la vista de extensos reinos cubiertos de una sombra siniestra de estupor.

\*  
\* \*

Era el quinto sol de la humanidad. Era la quinta edad del mundo. Las cuatro primeras habían sido otras tantas grandes catástrofes que conmovieron y renovaron la tierra.

Cuando el poder mexicana parecía estar en su apogeo, se desarrollaba en el Anáhuac el último período sucedido á la misteriosa caída de Teotihuacan.

Moctezuma sabía esta oculta distribución de los tiempos, y pudo haber tenido la vanidad de creerse el señalado para recibir de este

sol postrero los rayos zenitales. Su poder no tuvo límites en su vasto imperio. A sus pies regaban sendos tributos, en señal de vasallaje, todas las zonas geográficas abarcadas por su ademán adusto. Su orgullo no se satisfizo hasta hacerse divino. Era igual al mayor de sus dioses. Su absolutismo lo encaminaba en tan buen sentido, á pesar de los extravíos crueles y pérfidos de su política, que es dable pensar habría sido quien procurara establecer en dilatadas regiones pobladas de razas disímboles, la hegemonía de su nación, magüer los cimientos de tal hegemonía fueran amasados con el rencor y el odio de los esclavos pueblos, y se asentaran en deleznable suelo que amenazara abrirse en hondas simas irritadas, en la convulsión con que cualquier impulso de libertad engendraría en común el descontento de servidumbre tan intolerable.

Era el quinto sol de la humanidad.

La mísera tribu llegada hacía trescientos años, de su origen oculto en Chicomóztoc, se había multiplicado, y fuerte y viril, había hecho de sus antiguos dueños altivos, feudatarios humildes ó aliados serviles.

Sus recaudadores invertían largas jornadas para ir á arrancar á los tesoros de los pueblos más lejanos, la contribución de objetos preciosos ó de productos industriales á que estaban obligados con los *tecuhtlis tenochcas*; y si estos pueblos, con alguna rebelión pretendían evadir la pesada exigencia, allá iban las aguerridas milicias á dar escarmiento, que casi siempre se cumplía con incendio de templos, tala de bosques, saqueo de palacios, repartición de terrazgos, muerte de nobles y encadenamiento de prisioneros para su sacrificio en las fiestas de la terrible religión, cuyo culto, desde el alma de Tenochtitlan batía enormes alas de amenaza, como de noche infernal, sobre los tristes y desolados núcleos humanos habitantes de las fértiles llanuras, de las montañas bravías, de los lagos luminosos que se extendían, se elevaban, se adormían bajo la mirada aguileña y la garra leonina de Moctezuma.

\*  
\* \*

La energía indomable de la raza azteca había logrado arrebatár á las naciones cultas con quienes tuvo contacto durante sus miserables peregrinaciones, su ciencia, su arte, su progreso; y de la confusa mezcla de distintas supersticiones, compuso su Mitología siniestra, así como con los elementos más vistosos de archi-

tecturas varias, llegó á ordenar el imponente y grave estilo de sus fábricas; y de la misma manera penetró en los conocimientos científicos cultivados en los santuarios por los sacerdotes nahoas, y pudo arreglar su Cronología maravillosamente y estar atenta á los movimientos de los astros para la perfecta división y el cómputo preciso de sus años. Con esta rara cualidad de asimilación, fué el azteca paciente artífice, sabio cronista, astrónomo consciente, agricultor fecundo, arquitecto suntuoso, escultor intenso, platero y orífice inimitable; con cuyas múltiples cualidades y magníficas disposiciones para toda significación de cultura, nada tuvo de extraño que llegara, entre las tribus pobladoras del país, á ocupar la supremacía, máxime cuando sus variadas inteligencias se desenvolvían sobre una base de valor y de perseverancia en las luchas y en las fatigas, que ningún fracaso, ninguna derrota pudieron amenguar. ¡Tres siglos errante en busca del sitio en que tener definitivo asiento, á través de penalidades infinitas, de hambres abrumadoras, de pesadas esclavitudes, para llegar al fin á erguirse sobre todos los pueblos comarcanos y distantes, con el corazón lleno de impetuosos deseos de dominio y la frente bañada por el sueño de la grandeza; actitud feroz con la que salió del fondo del lago que recibió la esperanza de su ciudad, y gesto viril y enérgico con que se reveló á las razas que lo persiguieron y lo odiaron, amenazándolas con sacrificarlas á su invencible Huitzilopochtli si no se le entregaban atadas de pies y manos! ¡Tres siglos de pugna cruenta y tenaz—después de su establecimiento entre potencias hostiles—contra todos aquellos que se oponían á reconocer la superioridad con que llegó á tomar tales creces, y que iba dejando perfectamente manifiesta con hondas huellas de rencor en sus conquistas rápidas y asoladoras!

\*  
\* \*

La grandeza mexicana parecía estar en todo su esplendor bajo los primeros años del reinado del Sañudo.

Era este pueblo el heredero del *toltécatl*; al menos, así se reputaba; sólo que era más capaz de sostener su preponderancia, porque á su fino sentido artístico y á su tesón de adelanto intelectual, aunaba un valor inquebrantable; y no sería él quien se dejara arrebatar por bárbaros enemigos el producto de las manos intelectua-

les, fuertes y sabias de su esfuerzo constante y consciente: su ciencia, su arte, su poder.

La capacidad para acometer las empresas más difíciles, inclinando de antemano á su favor las mayores probabilidades de buen éxito, que en las más precarias situaciones hizo resaltar la tribu, se guiaba en todos casos, y bajo las manifestaciones más complejas de su vida, con un trascendental carácter de originalidad, que era como el sello de su personalidad multiforme, grabado indeleblemente en las producciones á que dió ser, así fueran éstas leyes civiles de inflexible espíritu de rigor, de cuyo cumplimiento cuidaban tribunales implacables y mandatarios probos, ó sabias medidas de organización política y económica, que hacían desarrollar y converger al supremo punto del engrandecimiento y el respeto de la nación las energías individuales, como el único fin á que debían tender particular y colectivamente todos los esfuerzos y las voluntades de los méxica.

A este encauzamiento de las fuerzas vitales, perseguido sistemáticamente, primero por la teocracia y después por la monarquía, debióse que en corto lapso, el paria, el perseguido, el odiado, el oculto entre los cañaverales de la laguna, alimentado cautelosamente de asquerosos insectos y de yerbas malsanas, lograra presentarse, ante la fuerza estable de rivales señoríos, como digno heredero del *tollécatl*, de aquella gente benévola y artista que dejara portentosas señales de su predominio, en grandiosos monumentos y en regueros de luz en las conciencias de las naciones, cuando desapareció en la sombra, como un regio cadáver empurpurado, sangriento, incinerado, para llenar una vasta leyenda que aun hojea la investigación arqueológica, y para no presentar á las manos temblorosas de la avidez científica otra apariencia que los lineamientos luminosos y la consistencia brumosa de un inmenso fantasma que parece llorar en exilio eterno el abandono que arrastra, la soledad que padece, el olvido que soporta, la ignorancia en que pena entre sus gigantescas ruinas, entre los escombros de su potestad, entre las tumbas de sus grandezas sin remedio, sin alivio, sin rehabilitación, sin esperanza, sin venganza!....

\*  
\*\*

De Acamapichtli á Moctezuma II, apenas en treinta lustros, el Imperio Azteca se había puesto á la cabeza de todos los reinos indígenas, por su pujanza militar. Y si no por la densidad de su

población, sí por su carácter conquistador, hacía sentir su arrogancia desde el bravo confín tarasco hasta el Chacnovitan esplendoroso y ardiente, y desde el cálido Hueztecapan hasta los aromosos bosques de Cuauhtemallan. El robusto Imperio desenvolvía su asombrosa consistencia sobre anchos espacios territoriales y á través de una infinita variedad de climas y de una abigarrada multitud de feudos pequeños, de ciudades florecientes, de añejas aristocracias, de antiguas comarcas extensas y abundantes, de dilatados dominios en que pululaban gentes extrañas y distintas: bárbaros moradores de cavernas tenebrosas en selvas enmarañadas, pacíficos y negligentes pobladores de costas áridas y sudorosas, ciudadanos arrogantes de países cultos y ricos; y el robusto Imperio, á semejanza del ilustre emblema de su ciudad capital, después de hacer pedazos con fuerte garra de soberbia, como á una serpiente, la animadversión de los pueblos que pretendieron detenerlo, enderezaba sobre la resistencia de su espíritu, como sobre cacto hostil, la audacia de su poder, como un águila caudal, como el águila caudal de su blasón, que parecía envolver la atonía de cien naciones con la sombra de sus grandiosas alas abiertas ampliamente en triunfo espléndido, reflejado en la serena admiración del lago azul que se adormecía en ensueños de luz á las caricias heroicas de Tonatiuh, el buen padre de los hombres valerosos.

Florece el espíritu *tenochca* en una gran exuberancia de hechos gigantes, prontamente, como si hubiera sido fecundado por una lluvia de dones celestiales; y su organización política y su exteriorización religiosa le hacían esperar el absoluto señorío sobre todos los países que hasta entonces habían escapado al golpe de su *macudhuill*, como Michoacán, que aun conservaba su actitud de reto en las mágicas esplendideces de sus lagos sugestivos y en la fertilidad múltiple de su suelo; Tlaxcalla, que, gracias al convenio de la *guerra florida*, podía vivir sin temor de ser encadenada, á condición de proporcionar alimento de víctimas á los dioses de Tenochtitlan cada vez que abrían sus bocas famélicas con terribles bostezos de deseos de sangre humana; y la sabia y magnífica provincia de los mayas, llena de prodigiosos misterios y de desconocidas ciencias, y que, sin embargo, ya se había estremecido en su grandeza legendaria al oír los triunfales pasos del ejército azteca, cuando al mando de Ahuítzotl asoló las regiones del Xocoxco.

Pero Moctezuma tenía el propósito de no respetar más las conveniencias á que tuvieron que sujetarse sus antecesores, y, á seguir alumbrado por el favor del quinto sol deslumbrante y vivifi-

cador, tendería, esta era su convicción sin duda, la silueta de su autoridad inmensa, como la única tiniebla de tiranía digna de ocultar la derrota y el oprobio de las indecisas civilizaciones que pretendiesen seguir levantando suntuosidades de edificios y libertades de regímenes ante su ceño fruncido altivamente en gesto de desdén y de ambición voraz y terca.

Así condensaba el extraño *tecuhtli* y resumía todas las aspiraciones de su pueblo y todos los deseos de sus dioses. Con su despotismo intransigente y absoluto sobre aquéste, satisfacía en toda su plenitud la sombría voluntad de aquéste, impulsando á la vez á la cumbre del éxito, con tenacidad hábil, duramente directriz, la fuerza colectiva de que disponía, cuidando al mismo tiempo del prolijo servicio de la religión, con el alma perpetuamente encendida en fuego tierno, como uno de los braseros que sin cesar quemaban *copali* delante de las rojas aras.

La población de Tenochtitlan, de trescientos á cuatrocientos mil habitantes, que bullía en casas agrupadas en amplios barrios al rededor de templos majestuosos; que hervía inquieta y sonora, en tráfico tumultuoso, sobre las tersas ondas no cansadas de soportar, en sus lomos cristalinos y con la crin de espumas revuelta al aire, frágiles ó pesadas canoas cargadas de verduras y rebosantes de flores y de luz; la población que se apiñaba en los atrios sagrados con el terror en los ojos fijos intensamente en alguna ceremonia lívida y siniestra ó en alguna danza complicada y brillante; la población que oraba y se sacrificaba á todas horas; que se ejercitaba en el manejo de las armas y en gimnásticas violentas; que escribía anales pormenorizados sabiamente, en largas tiras adobadas y lustrosas, con pinturas y dibujos extraordinarios y locuaces; que jugaba á la pelota; que esculpía, en bloques enormes, estatuas formidables ó leyendas y crónicas, ó enseñanzas y cronologías; que siempre estaba dispuesta á abandonar sus lares para ir á recoger á cautivos en campos de muerte; que observaba los astros; que cantaba cosas bellas en rimas misteriosas, y lloraba hondas tristezas con música pobre y lúgubre; que hundía miembros flacos y desnudos en fango obscuro y doloroso, y lucía altivez y compostura en festejos y pompas regocijadas, con vestimentas áureas y plúmeas fantásticamente hermosas; esa población estaba henchida de un fiero orgullo por ser la esclava de un rey tan sabio, tan valeroso, tan devoto, tan enérgico, tan fastuoso, tan amigo de los dioses.

¿Y las potestades celestes? El Ilhúcatl debía rebosar gozo en sus doce senos profundos y exorbitantes, plegados y superpues-

tos sobre la tierra de Anáhuac desde el principio del mundo, con sus hondas maravillas cosmogónicas.

Allí Citlaltonan y Citlamina fulgurarían en las albas y en los ocasos con sonrisas beatíficas derramadas en bendiciones luminosas, mientras sobre su apacible dicha las Tzizinime descarnadas, macabramente inmóviles en mutismo y asombro que no les permitirían roer sus óseas fealdades y pavoras, meditarían vaga y trágicamente en la inutilidad de sus esfuerzos siniestros y nocturnos, y esperarían, en negra calma, noches dolorosas para sus empresas vampíricas y sus éxitos impuros; y más arriba, los cuatrocientos guardianes amarillos, negros, blancos, azules, colorados, dioses todos nacidos del cerebro omnipotente y terrible de Tezcatlipoca, soñarían sueños de deleites divinos; y más arriba, una alegre pajarera de todos los pájaros habidos, vitorearía, en coro digno de selvas milenarias y de paraísos imprevistos, á la felicidad eterna; y más arriba, las serpientes de fuego, los crótalos encendidos en iluminaciones mágicas y pirotécnicas fluídas en milagrosas confusiones de matices y coloraciones infinitas, los monstruos alados, semejantes á creaciones de magos deslumbrantes, con sus largas caudas cuajadas de chisporroteos y de igniscencias poderosas é inimaginadas, las quimeras de extravagancias fulgurantes, pasando en el vértigo de una danza como de torbellino, revolviéndose en mare mágnum agitado, cegador de ojos y aterrador de fantasías, como si en un insondable océano de fulgores rodaran en desorden cósmico los cometas, los soles, las nebulosas, los días, las mañanas más límpidas, los crepúsculos más confusos, los mundos más enardecidos; y más arriba, un ruido atroz, un fragor ensordecedor, inaudible, como el que tienen algunas profecías y algunos mares de pasión; un enorme estrépito, más grande que el de cien batallas reñidas por millones de cóleras; un imponderable acúsmato, más grande que el de cien pueblos gritando frenesíes con música de millones de trompetas, como si Quetzalcóatl llamara á todos los ámbitos con el estruendo de su voz formidable; y más arriba, una espesa brumidad gris y revuelta, como si se hubieran agitado escombros de creaciones gigantescas plasmadas en sólidos sistemas estelares, y hechas pedazos en cataclismos sobrenaturales; un tumulto, un caos de polvaredas donde toda forma se confundiera, donde todo ser desapareciera en un sudario de pliegues sin desgarraduras, sin resquicio, sin entrada, sin salida; y más arriba, el lugar donde tenían sus asambleas las divinidades; la sala de consejo, pavorosa, silenciosa, llena de vagos misterios en eterna gestación, poblada de un ambiente de tremenda palpitación, como si los seres, los muer-

tos, la vida, la muerte, laboraran en el arcano con el amor y el dolor, los destinos humanos, dentro de los augustos y fatales pensamientos de los dioses; y más arriba, la nada, la eternidad, el vacío, la tiniebla, la duda, el resplandor, el enigma, la paz, el cielo, el cielo, el cielo . . . . . y más arriba, Tloque Nahuaque, solitario, todopoderoso, el Supremo Hacedor, el Primer Principio, sin origen, sin fin, sin medida, sin forma, el Arbitro del Universo, la primera voluntad, el Creador de todos los dioses y de todas las cosas . . . . .

\*  
\* \*

El sol azteca iba á llegar, sin duda, á su límpida culminación.

Y el *tecuhtli* Moctezuma podía considerarse como el centro sobresaliente y sustentante de aquella rápida civilización, como el espejo ustorio frente al que radiaba, engreído y satisfecho, aquel extraño y portentoso mundo con impulsión cada vez más acelerada hacia su completo desarrollo.

El grandioso pasado que tragó, en su vientre de siglos, imperios, razas, religiones, culturas, y que rumiaba en la serenidad del tiempo impenetrable el recuerdo de los cuatro primeros soles predecesores de aqueste prodigioso, bajo el que se dibujaba la adusta y breve silueta del Sañudo, á semejanza de una ave de rapiña gigantesca y cruel; el pasado, oscuro en los límites desconocidos, y fulgurante de misterio y de leyenda en los inmediatos amaneceres humanos, envolvía á Moctezuma, lo penetraba, saturaba su espíritu, mecía su ser en indefinible vértigo de ansiedades atávicas de dominación sin obstáculo ni precedente.

Así, él se creía el receptáculo y el guardián del poder y la ciencia antiguos, sólo para hacer más grandes la ciencia y el poder de la raza nueva, de su raza.

Convencido de esta misión, puédesse asegurar que creía verdad que el sol azteca estaba encima de él, derramando á manos llenas beneficios divinos sobre su altiva frente ungida con divina unción, y prendiendo ascuas de oro y púrpura en la naturaleza, para regalo de sus ojos y orgullo de su corazón que, sombrío y taciturno, apenas si podía con la inmensa majestad de su persona, á la cual eran gratas las flores, saludable el ayuno, tonificante la penitencia, halagadoras las humillaciones ajenas, y propias las cualidades reales.

Llano el porvenir preparado con hábil energía, firme el suelo

fecundado con despojos de nacionalidades, propicio el cielo inclinado con raro favor hasta su oreja regia, ¿qué emperador *tenochca* pudo creerse más grande que Moctezuma? De los tristes vilipendiados, de Itzcóatl, libertador y puro; de Ilhuicamina, infatigable y aguerrido; de los feroces y potentes que le antecedieron próximos, ninguno tenía la suma arrogancia ni la ciega confianza en el lustre de su destino como Moctezuma II Xocoyotzin.

Así pudo haberlo visto el viejo Popocatépetl desde la solemnidad nevada en que meditaba eternamente silencioso, entregando de cuando en cuando al bello Ehécatl alguna que otra luenga bocanada de humo negro, al llevar á su oscura boca descomunal la increíble pipa caldeada á intensas llamaradas rojas y desbordante de montañas de cenizas, con la que holgaba su fastidio entre las nubes y entretenía su plutónica nostalgia.

\*  
\* \*  
\*

Pero el año de 1511, fatal naufragio arrojó en medio del estupear del Chacnobitan el infortunio de Gonzalo Guerrero y Gerónimo de Aguilar; y pocos años después, en 1517, Antón de Alaminos conducía la flotilla que mandaba Francisco Hernández de Córdoba, hasta el cabo Catoche y Champotón, en donde la expedición que desembarcara con miras codiciosas fué obligada á volver á bordo á toda prisa, tras ruda brega sostenida con los naturales, que la recibieron con fiera hostilidad.

Se comenzó á oír, entonces, en el fondo de la inquietud indígena, el levar de las anclas con que las naos cargadas de aventureros abandonaban los puertos españoles, en busca de oro y de sangre.

Y apareció súbitamente en el cielo de Anáhuac, ennegrecido por una noche de temeroso asombro, la iluminación fatídica y terrible de la profecía de Quetzalcóatl: «Vendrán por el Oriente los hombres blancos y barbados! . . . »

Antes, muchos siglos antes de que Cristóbal Colón, para confusión de los doctos salmantinos, completara el mundo, arrancándole, por un azar del genio, el secreto de todo un continente, los sabios nahoas anunciaron que la tierra que después se llamó América, sería visitada por una gente extraña llegada por donde nace el sol.

Y una nube de negra amenaza veló de pronto el sol azteca en su ascenso á su límpida culminación! . . .

Y un hondo presentimiento de estrago y ruina penetró fríamente, á modo de buho impalpable y tenebroso, en la augusta meditación del monarca, levantada en su soledad altiva, á manera de la mayor basílica en que su espíritu fatigado y soberbio solía recluirse para officiar á solas con sus ideales de grandeza. Algo como una ráfaga de tempestad cruzó rápidamente el cielo azul de su reinado, tendido en paz y gloria sobre tanta cumbre de ufania y tamañas magnificencias florecidas de dicha. Algo como un lejano y sordo trueno, precursor de males altos, puso temor en su duro corazón y abrió sus ojos reales á una siniestra visión de tristeza y de luto que, informe é intangible, se levantaba más allá de los mares, con un incierto y negro rencor expreso en un gesto desesperante é inexorable. Algo como una larga y sutil bruma comenzó á gestar en entrañas de pavor los infinitos é invencibles trasgos silenciosos y violentos que anuncian las desgracias de los pueblos.

Y era como si se levantaran, por los brazos de los inescrutables designios todopoderosos, los martillos que en las horas solemnes de la historia despedazan las coronas de los reyes! . . . Como si se blandieran las hachas y las teas de la destrucción, que cantan su himno brutal en los cambios bruscos y cruentos de la humanidad! . . . Como si avanzara en las tinieblas de los tiempos futuros el tropel fúnebre de la muerte que despliega su bandera lívida y grita con sus trompetas de espanto sobre las naciones que han sido condenadas! . . .

Y el gran Emperador Moctezuma II Xocoyotzin, deslumbrado repentinamente por el resplandor pávido de las palabras que anunciaban la desgracia, cayó desde su bríosa altivez en un profundo desaliento, semejante á un árbol muy alto y muy frondoso que, tocado por el rayo, inclina al suelo el robusto tronco y baja al polvo la gallardía de su verde frente ufana! . . . Y su mano, que pudo detener cualquier flota invasora sobre el convulso mar, con un ademán viril, comenzó á tantear en la tiniebla con ansiedad trémula y fría! . . . Y su pie, que pudo hollar la ígnea cima del heroísmo inmortal, comenzó á resbalar, por débil é inseguro, en el légamo de la ignominia y la vergüenza! . . . Y sus ojos, que debieron tener la tempestad de una cólera real, se empezaron á llenar de lágrimas de quebranto! . . . Y su voz, que pudo henchir el pecho de los pueblos con ardoroso entusiasmo y resolución bravía, comenzó á sollozar lamentos mujeriles á los pies de sus dioses impotentes! . . . Y su corazón, que pudo latir con ritmo bélico y arrebatarse en épico contento, comenzó á caer en pusilánime inquietud y á temblar de pánico febril! . . .

Y no sólo él atendía con sobresalto al silencio en que se preparaba á decir una sentencia de muerte la boca de lo desconocido; en toda la ancha tierra que se extendía por los cuatro rumbos hasta desaparecer en las aguas infinitas ó prolongarse por las serranías abruptas y los valles insondables; en los más recónditos poblados, en las ciudades más populosas, en los reinos más impenetrables por la aspereza del suelo y la ferocidad del hombre; desde el hondo letargo hierático y sapiente de los mayas, y el recogimiento uncioso y el fausto decadente de los zapotecas, y la ubérrima y feliz calma magnífica y vigorosa de los totonacas, y el áspero quietismo de los mixtecas, y el altanero y hostil aislamiento de tlaxcaltecas, cholultecas y huexotzincas, pasando por el esplendor tiránico y absorbente de los nahuatlacas dominantes en el rico y hermoso valle de los lagos azules y soñadores, hasta los tarascos numerosos y potentes, los zacatecas montaraces y broncos, y, en fin, todas las tribus y naciones que pudiera marcar la imaginaria prolongación de las indicaciones en forma de cruz del Nahui-Ollin; todos los grupos humanos que obedecían á un régulo y sostenían un templo, en el vasto territorio, sintieron correr por sus médulas un escalofrío de horror, como si hubiera soplado sobre sus frentes un hálito de sepulcro.

El polvo secular amontonado lentamente por los gloriosos olvidos que á puñadas de humanidades sepultaron en tremendo reposo las inquietudes, los dolores, la existencia y el cadáver de tanta raza ignorada hoy día, era agitado por un desolador é incógnito movimiento como de azada blandida por la suerte negra en labor de arrasamiento, de preparación hosca para la caída próspera de una semilla potente y extraña, de fuerza destructora y de eclosión violenta, sangrienta, trágica.

Y una conmoción, como aquellas que sacuden el espíritu humano en los momentos supremos en que Dios medita metamorfosis, evoluciones, cambios de reinos, ensanches de fronteras, amplitud de libertades; una crispatura, como aquellas que han hecho vacilar la tierra cuando se ha resuelto por la voluntad única una revolución, un nuevo orden, un paso más, recorrió el hemisferio que vivía aislado desde la legendaria desaparición de la Atlántida y gracias á la ancha y honda discreción del Océano Pacífico.

Los profetas de Chacnobitan, con acentos perspicaces y quejumbres poéticas, tronaron y gimieron, desde la suntuosidad de sus templos piramidales, su infinita tristeza por la obra de desolación é incendio que se preparaba en el seno de la nube próxima á descargar su saña ardiente.

Y empezaron los funestos presagios, los augurios fatídicos, los acontecimientos maravillosos á encender señales siniestras en trágicas lontananzas por los lívidos paisajes de los días venideros, con creciente temblor de Moctezuma y continuo sobrecogimiento de los pueblos.

Eclipse inesperado tendió súbita obscuridad en los espíritus dolientes. El *Mixpánitl*, de claridad rojiza, encendió un rubor como de cólera, en el rostro negro de la noche, por todo un año. Bóldos repentinos estremecían los aires con ígneas sorpresas. Terremotos formidables quebrantaban cúspides altísimas. Gigantescos trozos de basalto, en translación devota, se hundían en aguas espantadas y hablaban cosas terribles y refan risas constrictoras. Se trocaba repentinamente en inmensa hoguera, santuario principal y venerado. Se apagaba, sin visible causa natural, el fuego, que, según ritual, debía arder y ardía perpetuamente delante de ciertas piedras icónicas reverenciadas. Resucitaba Papantzin, para contar su viaje á un país luminoso, donde hombres de alas núbicas y espadas fulgurantes rendían adoración á un Dios hermoso de cabellera de sol y de miradas de auroras. Un águila arrebató en sus fuertes garras á mísero labriego hasta el fondo de una caverna, donde veía, como en bello y tremendo apólogo, al Emperador empequeñecido y esclavizado. Se oían en los fatales contorcimientos ayes de madres desesperadas é invisibles, gimiendo por sus hijos arrebatados y perdidos... Nacían hombres monstruosos. Se cazaban bestias deformes. Se pescaban animales desconocidos. Y el terror debilitaba á tal grado el ánimo de la nación, que sus aguerridos ejércitos eran despedazados en comarcas distantes, donde quedaban, como flores de sangre y heroísmo deshojadas por borrascas implacables, los más bravos capitanes méxicos. Delante de todas las bélicas empresas del inquebrantable brío azteca se fueron levantando los hambrientos buitres que husmean las catástrofes, como en todos los sueños del enfermo Emperador fueron retorciendo cadenas y complicando torturas las más atroces pesadillas!...

Y el Emperador no podía arrancarse del pecho llagado la serpiente de espanto que le hincaba colmillos mortíferos, y, enloquecido de pavor, en vano recurría al engaño en busca de consuelo!... Quetzalcóatl había dicho verdad... A él le tocaba caer indignamente bajo los fragmentos del mundo que llevaba sobre el hombro!...

Acudió á los dioses, y los dioses le respondieron con oráculos y vaticinios de muerte, desde su dolor profundo!... Interrogó á los

arúspices, y los arúspices le repitieron los fatales anatemas! . . . Pidió consejo y rogó asilo á Huémac, que vivía su muerte en fabuloso reino subterráneo, y Huémac le quitó toda esperanza y estuvo sordo á su súplica! . . . Jugó en el *tlachtli* con el desconsolado Netzahualpilli una ilusión postrera, y su destreza no pudo dirigir la bola de hule adonde su deseo temblaba de emoción! . . . Y algunas veces, furioso contra sí mismo, contra su debilidad y su destino, se dejaba arrebatado de impulsos frenéticos y, queriendo ahogar en sangre su pesadumbre, declaraba guerras insensatas, decretaba sacrificios y holocaustos aterradores, condenaba á muerte á todos sus adivinos y á todos sus bufones, y encerraba en su insomne y febril excitación, como en jaula sacudida por desesperaciones, á su desfallecimiento, como un león triste y enfermo que ya no tiene nada del orgullo y la bravura con que aterró las selvas! . . .

Y una noche, sin ser visto de nadie, huyendo de su sombra, escapando de su angustia, salió de su palacio y emprendió furtivamente el camino sin saber adonde, únicamente anhelante de abandono, de olvido, ansioso de no ser rey, de vivir solo, de no ser nadie, de no temer nada. . . . Pero un mancebo que velaba en un templo de extramuros, estorbó su paso, lo reconoció y severamente lo hizo retroceder al cumplimiento de su deber: á su trono de oro, que para él ardía en llamaradas de infierno! . . .

\*  
\* \*

Así, pues, del año 1502, en que subió al trono Moctezuma II, hasta el de 1511, en que aparecieron en el país de Anáhuac los primeros europeos, el Imperio Azteca recibía poderoso impulso en su creciente y civilizada prosperidad y agrandaba su poder á tal grado y tan rápidamente, que tuvo razón en encender el símbolo del quinto sol en su cielo histórico, y en esperar con fundamento justo el dominio absoluto, en no lejano término, sobre todos los reinos independientes hasta entonces. ¡Quién sabe qué altas y originales manifestaciones alcanzaría á este punto su arte, y á qué secretos arrancarían el corazón su ciencia! . . .

Pero desde el año de 1511, en que se sintieron las virginidades indígenas acechadas por un ojo sórdido desde el límite de las aguas misteriosas, y en que creyeron prepararse el desbordamiento de ansiedad y de codicia y de víctimas sobre sus magníficas y sun-

tuosas libertades y civilizaciones, la Nación Azteca resistió trémula y aterrada el convulso espanto que se apoderó de Moctezuma y que quitó á éste, para siempre jamás, toda energía y todo brío.

De suerte que el reinado de tan grande y pequeño rey se caracteriza por dos fases enteramente diversas: la primera, de confianza, de fuerza, de poder, de riqueza, de grandeza, y la segunda, de desfallecimiento, de debilidad, de miseria, de flaqueza, de temor.

¡Pobre monarca aquél, que llevó su diadema entre las nubes y su solemne majestad sobre la frente de su pueblo, para que al fin, por miedo á la suerte vaticinada, tendiera con el temblor del esclavo, su dignidad real, como servil alfombra fácil, bajo los cascos del flamígero corcel en que llegaba la Conquista invulnerable en su armadura férrea, injusta en su fanatismo y su crueldad y su avaricia, fatal como el cumplimiento del destino, con una espada roja como único derecho, con una cruz muy blanca como el mejor pretexto! . . . .

## CAPITULO II.

### NACIMIENTO DE CUAUHTÉMOC.

El año de 1502, en que murió el ilustre rey Ahuhtzotl y en que subió al trono Moctezuma II, nació Cuauhtémoc, hijo de aquél y de Tlillancapatzin, princesa acolhua, señora de Tlaltelolco, descendiente en línea recta de Netzahualcóyotl, el rey de las tres glorias.

A la *hora de la muerte*, como en aquellos tiempos heroicos se llamaba al trance en que la madre floreció en su amor con los dolores de la vida para dar al mundo un nuevo ser, Tlillancapatzin, después de apurar brebajes aconsejados por experta matrona y de ejercer prácticas higiénicas acostumbradas en el caso y de invocar deidades patroneras, se dispuso á *vencer virilmente* y quedar con vida, ó á morir é ir á aumentar el número de las felices madres que, en término igual divinizadas, alcanzaban por misión estar esperando á Tonatiuh en sus diarias caídas en ocaso, para tener el honor de acompañarlo hasta el lugar de su sueño.

*Ticitl* anciana y venerable recibió al infante en sus brazos consagrados, é inmediatamente le dijo que su casa no era aquella en

que acababa de nacer; que ésa era sólo su nido; y que él era una hermosa ave que habría de ir al campo donde se hacen las guerras, para cumplir su obligación, que sería la de dar de beber al sol sangre de enemigos y de comer á la tierra cadáveres de contrarios.

Deudos y amigos, avisados del feliz resultado, hicieron ricos presentes de prendas de algodón y pluma al recién nacido.

A los cuatro días siguientes, *tonalpouqui* de ciencia eficaz reconocida, presentóse á decir el horóscopo del niño y á darle el nombre que le correspondía, según la indicación de los signos astrológicos. Largo rato atento en la complicada y abstrusa consulta del *Tonalámatl* esotérico y simbólico; quizás sintiendo pesar en su meditación solemne las almas de los ancestros del nuevo príncipe; oyendo acaso, como la confidencia del porvenir que le esperaba, la revelación del destino; y, coincidiendo de extraña y misteriosa manera en su reflexión ambas consideraciones, con la influencia del día y la fecha del nacimiento, presididos por quién sabe qué casualidad recóndita de interposición justa de planetarias verificaciones con naturales observaciones biológicas, llamó á aquel vástago regio CUAUHTÉMOC, es decir, Aguila que cae.

A la sazón, limpia la casa, esparcidas por el suelo arrogantes flores perfumadas, cubiertos muros y techos y puertas con vistosas enramadas de árboles de heroica significación y de rosas de almas fieras, ardiendo el fuego votivo en medio de convite familiar y suntuoso, fué acostado en flamante enea el tierno infante desnudo. Y los ilustres varones convocados, todos ellos resplandecientes de joyantes mantos y de preseas é insignias categóricas de rangos nobilísimos, colocáronle en la diestra móvil, manojo determinativo de flechas agresivas, y en la siniestra, pequeña y rutilante adarga de oro, con sus esperanzas de ver aureolarse á la patria de gloria mayor con las futuras hazañas de un héroe nuevo.

Y mientras, la vieja *Ticitl* levantaba al niño pronunciando palabras cabalísticas dirigidas á los hados, para que dieran protección y derramaran abundancias de fortuna en todo cuanto intentara en la vida aquel que acababa de llegar á este mundo triste; y ya al bañarlo en agua purificada y al consagrar su signo de guerrero á la advocación de Huitzilopochtli, el sol hendía la roja alborada con iluminación y deslumbres épicos, como un águila de epopeya que en erguimiento imponente y en bravo avance de desafío, lanzaba á todos los vientos dardos de oro, inflamados, con garras de fuego, deslumbrantes.

Al nacer Cuauhtémoc, traía en el alma la mejor parte quinta-



CUAUHTÉMOC  
(según un códice post-cortesiano).

BIBLIOTECA DEL INSTITUTO NACIONAL  
DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA  
MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGIA

esenciada de las cualidades morales é intelectuales de Ahuítzotl, su padre, y de Netzahualcóyotl, su abuelo.

¡Ahuítzotl! Aquel que tuvo un corazón de montaña, inalterable en medio de las borrascas, erguido en sus fierezas de basalto en las más cruentas fatalidades! Aquel monarca inflexible y tozudo y valeroso, que hizo crecer tanto el prestigio azteca, que su fama no cabe en un trueno ni en un templo! Aquel que fecundó con su valiente sangre tanta selva de heroísmo, que su inmensa gloria no ha podido ser cantada en ningún poema! Rey imponderable por su carácter sin quebranto y su voluntad indómita y su valor impertérrito! Rey que amó á su patria sobre todas las cosas, tanto, que bañó en delicias su mayor necesidad y puso alas á su deseo mayor! Necesidad de vida! Deseo de grandeza! Rey que sirvió á sus dioses con tan intensa y profunda sinceridad y con tan honda y verdadera devoción, que cansó su brazo por procurarles hartazgos de corazones de hombres—según relato que hace erizar los cabellos á la credulidad—, en pavorosa ceremonia dedicatoria de templo principal y fatal, trocando en purpúreas las blancas aguas del apacible lago, por cuatro días y cuatro noches—según conseja que hace estremecerse de horror á la duda y á la posibilidad.

Rey grande, rey potente, rey formidable, abandonado á la indiferencia de la historia con su magno tilde que lleva orgulloosamente, como un brillo superior, en su diadema de oro puro y firmel!

¡Netzahualcóyotl! Aquel príncipe egregio que pasó su juventud entre bravas aventuras romancescas, protegido en los peligros por su invulnerable osadía, y acogido con amor en sus prófugas desgracias por las agruras montañosas que le dijeron los secretos de la savia, y le abrieron el alma de las flores, y le descubrieron la armonía de las formas, y le enseñaron los ritmos de la Naturaleza!

Aquel valeroso acolhua que llegó al trono de sus mayores con el corazón abierto á los más blancos sentimientos de justicia y de piedad, después de haberlo llevado, como un héroe de predestinación, sobre todas las perfidias y todos los desengaños! Rey prodigioso, que sentó su majestuosa realeza en altura de admiración, con la frente inundada de una aurora divina de diáfano y profundo astro! Rey sabio, que dictó leyes propias para su pueblo feliz! Rey perfecto, que construyó asombrosa obra de ingeniería para detener la amenaza de las inundaciones sobre la felicidad de su amiga Tenochtitlan! Que vió á Dios á través del negro velo de la

idolatría! Que cultivó extensos y magníficos jardines, para pasear su grave sabiduría de filósofo y su dulce soledad de gran poeta!

Rey que riega en la antigüedad oscura el resplandor celeste del genio, la sublimidad intensa del héroe, desde el triunfo en que pasa como coronado por todas las flores que le van tendiendo perfumes, como seguido por todos los pájaros que le van regando trinos!.....

### CAPITULO III.

#### EDUCACIÓN DE CUAUHTÉMOC.

A la edad competente, Cuauhtémoc ingresó en el *Calmécac*, instituto dirigido por los sacerdotes más conspicuos y elevados, en donde recibían instrucción los hijos de los próceres bajo un régimen de severidad inflexible que servía al mismo tiempo para robustecer sus cuerpos en fatigas ordenadas y cultivar sus espíritus con enseñanzas dispensadoras de los conocimientos científicos del mundo intelectual mexicana, conforme á la calidad social y á las aptitudes mentales de cada educando, y según el cargo ó empleo que le estaba reservado para el término de su educación.

Ya habían sido grabados en el corazón infantil del noble alumno novato los graves consejos y las amonestaciones morales que de boca autorizada le fueron prodigados al abandonar el hogar para entregarlo á las manos capaces que harían su personalidad en lento modelado; é iba al seminario, consciente de su abolengo ilustre, y penetrado de sus deberes civiles y religiosos.

Mentores dignos habían dirigido sus primeros pasos por la senda del fervor á las divinidades de la patria, á quienes él debía más que nadie, y como hijo de tan preclaro padre como era el suyo, todo su corazón.

Sirviendo á los dioses con profunda fe, serviría á la patria, á la que él debía consagrar toda su vida.

Ya le deparara la suerte encumbramiento hasta las dignidades sacerdotales más altas, ya le estuvieran reservados cargos principales en el ejército, él tenía que llevar á todas partes una dignidad sin tacha, una devoción ejemplar, un patriotismo insuperable.

Era muy pequeño aún para comprender toda la importancia de las normas que le sugerían; pero se iba ablandando y ductilizando de este modo su idiosincrasia, para facilitar la definitiva forma de su carácter.

Los rigores de la disciplina escolar le habían sido prevenidos por sus guías domésticos; y cuando los sufriera, no los resentiría grandemente, porque, habituado poco á poco á otros idénticos desde su niñez vigilada por sistemática preocupación magistral, no rendían los rigores de su cuerpo arduos trabajos materiales, ni afligían sus resistencias físicas frugalidades obligadas con fines de evitar, en casos dados, desfallecimientos por malas contingencias imprescindibles en azarosas funciones, como serían las que llenaría de hombre.

Cruentísimos castigos sufridos por faltas leves é impuestos por inquebrantable mano, obediente ciega de instrucciones rigurosas, y penitencias y oblaciones rígidamente observadas por mandatos intolerantes y á satisfacción de creencias crueles, le tenían ya dispuesto á sufrir dolores sin exhalar quejas.

Preparado, pues, desde sus más tiernos años, por vigilante autoridad, directora atenta á su destino, lógicamente previsto como asaz trascendente; cuando transpuso los dinteles del plantel donde templan su espíritu y su cuerpo en costumbres y métodos severos, ningún desánimo, ninguna tibieza le ha de haber abierto sus descarnados brazos desde cualquier sombrío rincón de la sala silenciosa en cuyos muros se destacaban miradas hondas de formidables representaciones sacras, de piedra; y en cuyo recinto sonó solemne la voz del sacerdote que lo recibía con los miramientos que su nobleza requería, ante la que tenía esa voz sagrada inflexiones majestuosas en las tropológicas palabras de bienvenida que dijera.

\*

\* \*

Y comenzó para él la austera vida del recluso sujeto á maceraciones y á prácticas de sobriedad y abstinencia que pesarían sobre su porvenir con toda su virtualidad opresora, á manera del molde envolvente apretando el gorullo de arcilla blanda que tendrá que resultar de forma de antemano conocida.

Antes de la hora en que los bravos guerreros muertos en heroicidad, esperasen, en cumplimiento de su encargo inmortal, con

clamores de guerra y estrépito de armas, á Tonatiuh, por el rumbo donde sale cada día, Cuauhtémoc sería levantado de su sueño á la vez que los demás alumnos, para entregarse á hacer la limpieza de la casa, ó bien para acompañar á los sacerdotes en las ceremonias con que recibían cotidianamente el primer favor de luz del astro.

Quizás, por predilección de sus superiores, fuese dispensado de algunas otras obligaciones serviles; aunque bien pudo verse impuesto á tales por el sistema de rigor igualitario observado en el plantel, cuyo fin principal era acostumbrar á los mancebos á las mayores privaciones y á los más aflictivos trabajos, para que nada les sorprendiese en lo futuro, ya cuando adultos, que los llamase la patria á su servicio, cuando sólo tendrían aliento en el corazón para pelear continuamente por ella.

Sin duda, al hijo de Ahuítzotl se le impusieron desde un principio, como á los demás pupilos, las otras duras reglas aplicadas por el áspero régimen educativo del *Calmécac*; y así, emprendería por los bosques y los riscos, frecuentemente y ligero de alimento y de vestido, arduas faenas cumplidas con fatiga y terminadas con satisfacción, bajo árboles heridos y mutilados por las hachas juveniles, y sobre las rocas estériles, asilos y reinos de sabandijas apesadas por la obediencia traviesa de la turba estudiantil.

Los jóvenes educandos estaban obligados á recoger leña para el servicio de los templos y á apresar insectos y alimañas venenosas para templar valentía y obtener hábitos de insensibilidad á mordeduras de dolor.

En las ocasiones determinadas por el ritual, el joven príncipe tendría que derramar su sangre, propiciamente, por la exigencia del culto tenebroso; y torturaría su cuerpo, atravesando con púas de maguey ó espinas de biznaga molledos de piernas y brazos, y según penitenciaria costumbre, hasta los labios y las orejas y partes más sensibles del cuerpo, en los raptos de misticismo exaltado, y por ser sacrificio grato á la divinidad y edificante á la multitud.

En ciertos festejos religiosos, danzaría tenazmente, revestido de galas simbólicas, en compañía de las doncellas que educaba también la vigilancia sacerdotal; y ostentaría en los areitos honda unción de ritmo y fatiga corporal, á los acordes monótonos y lúgubres de los instrumentos sagrados: *teponaxtle* de factura caprichosa y artística, *huéhuatl* de incrustaciones soberbias y ricas, caracoles de finísimas labores de paciencia, silbatos y flautas de imitaciones curiosas en forma de animales fantásticos; todos los cuales instrumentos eran productores de una música doliente

y estruendosa de precaria armonía; pero solemne, robusta, terrible, en su sonoridad sencilla y en la extensa dilatación de su rimbombo quejumbroso. Y danzaría mientras su alma se llenaba, tal vez, de sombra triste en su devota suspensión.

Procuraría, en horas de asueto, obtener triunfos resonantes en el *tlachtli*, lanzando y recibiendo la gruesa y maciza pelota de hule, en el viril y noble juego cuyo ejercicio frecuente le ofrecería saludable esparcimiento. Y jugaría, mientras su alma se llenaba, acaso, de luz alegre en la liberación de esos momentos.

Aprendería también, con voluntaria asiduidad, el manejo de las armas: el violento y fiero despedir del *átlatl* difícil y mortal; la esgrimadura rápida y diestra del *macuahuitl* hecho para fuertes puños ignorantes de cobardes vacilaciones; el certero lanzamiento de los dardos de puntas de obsidiana cortante y aguda; la lucha cuerpo á cuerpo; el ataque, á esguinces prontos, del cuchillo de sílex; el blandir de las flexibles lanzas; el uso eficaz del *cimmalli*. Y progresaría en estas esgrimas, mientras su alma se llenaba, sin duda, de entusiasmo bélico, en su extraordinaria fiereza ingénita.

Tendería muchas veces la sombra de sus miradas sobre el horror con que en el *téhcattl* desolado se crispaban y se retorcan los cuerpos de las víctimas sacrificadas por los impasibles sacerdotes siniestros, que, elevando hasta el pánico el prestigio de sus figuras negras de cabellos hasta los pies y de implacabilidades hasta los ojos, arrancaban corazones y corazones humeantes, calientes, sangrientos, palpitantes. . . . Y presenciaría los tremendos holocaustos, mientras su alma se llenaba, necesariamente, de impasibilidad adusta en su integral estoicismo congénito.

Oiría, atento y replegado en misticismo atávico, las revelaciones de los misterios y los portentos de la religión, descubiertos poco á poco á su joven inteligencia por las pláticas constantes con que los más doctos sacerdotes lo irían iniciando con tacto sumo; y recibiría al mismo tiempo las enseñanzas de las ciencias cultivadas en el secreto de los santuarios, no conocidas del vulgo, ni mucho menos llegadas hasta nosotros ni en los monumentos devastados por la incuria y la barbarie, ni en los documentos incompletos y oscuros que pudieron escapar á las llamas de la superstición hispana, ni en las tradiciones recogidas por los primeros cronistas de la Conquista en grises y valiosos infolios sobre los que la verdad lleva un cirio penitencial, y en los que se persignan devotamente los métodos de cuartel y de convento, y de rodillas, confiesan sus pecados, y de pie, proclaman sus virtudes, los estilos de burdo sayal, de insolente arnés y de bonete clásico.

Allí, dentro del templo envuelto en austero silencio, delante del dios paternal y terrible de atributos abstrusos abrumado, Cuauhtémoc divagaría diariamente de la mano experta y firme de maestro profundo y consciente, á través de los vastos dominios de la Mitología azteca, poblados de alegóricos embrollos sembrados de terroríficas difusiones, bañados de una luz de sangre, saturados de un ambiente denso de tremenda poesía; donde el implacable zurdo Huitzilopochtli protege á su pueblo desde su trono de calaveras, siempre hambriento de vidas humanas, nunca ahito de sangre de exterminio y asesinato, en su embriaguez eterna; donde el malévolo y todopoderoso Tezcatlipoca logra infinitas transformaciones á un tiempo en todo lugar, complacido en hacer los mayores males á la humanidad; donde Tláloc fertiliza y destruye; donde Tonatiuh alumbró y crea y preside cataclismos; donde Xochiquétzal florece en divinas manifestaciones de perfume y pervierte almas en sombrías desviaciones de amor; donde Xiutecuhtli produce el mundo y espera cada cincuenta y dos años una resurrección al frente de dos siglos; donde Mictlan se recrea en su reino de muerte; donde para cada acto de la vida es preciso un numen y para cada instante del tiempo es ineludible un dios, y para cada cosa del cielo y de la tierra es vital una divinidad.

Y cuando quedara á solas en su meditación, Cuauhtémoc iría levantando en su alma una pirámide de devoción, para consagrar con gozoso sacrificio de su albedrío, su pensamiento, su ideal, su fe, al servicio único de la religión de sus mayores, protectora de su pueblo, autora del poder de su raza, fuente de patriotismo, arca de salvación, esperanza, razón, anhelo, seguridad, fuerza de su nación.

Estremecido hasta la médula de su virilidad broncínea, como un ástil de estandarte brioso en manos trémulas de ardor épico ó de cólera marcial, escucharía con atención soberbia los relatos de las hazañas de los antiguos héroes sus antecesores; y vería atravesar, evocados por el acento vigoroso de narrador verídico y sugeridos por la lectura intensa de epopeyas y leyendas, las grandezas, los esfuerzos, las glorias de su raza, en la sucesión de maravillas legendarias con que logró ilustrar luengos anales; y, vibrante hasta el fondo de su patriotismo, como una lámina de oro golpeada reciamente por el bravo martilleo de un pedazo de cristal de roca, asistiría en espíritu, desde el éxodo de sufrimientos en que la tribu azteca, su tribu, llevó en triunfo constancia suprema y esperanza inextinguible, hasta el largo encadenamiento de hechos substanciales en que la heroicidad de su nación, de la nación azte-

ca, producía extensamente, desenrollaba interminablemente en los campos de la guerra, las fulgurantes hojas de una historia toda llena de alardes de valor, de ostentaciones de civismo, de prodigios de osadía, de prodigalidades de ferocidad, como si esa serie de hechos heroicos tuviera que cantar como único motivo, á manera de un caracol en que canta todo un mar, la victoria de un imperio sobre el aniquilamiento de muchos reinos y la esclavitud de muchos pueblos.

Y cuando quedara á solas en su meditación, Cuauhtémoc iría levantando en su alma una fortaleza de amor patrio inexpugnable, para encerrar en ella, con la entera energía de su corazón, su deseo, su empeño, su voluntad, su resolución de estar en vela sin descanso por la seguridad y el engrandecimiento y la defensa de su patria, ya llegara él á colgarse del pecho la borla del sumo pontificado ó á ceñirse á las sienes el *copilli* de los emperadores.

\*  
\* \*

Tal sistema áspero de observancia severa, tan en general expuesto, y de detalles de inflexibilidad moral de tendencias religiosas y civiles, fáciles de deducir, comprendido el fin que se trataba de obtener de la educación impartida en el *Calmécac*, hacía de este establecimiento, regido por sacerdotes guerreros, un almácigo de héroes sobrios, limpios, veraces, castos, abstemios, valerosos, fuertes, infatigables, devotos, patriotas, que en la edad apta, de los trece á los diez y siete años, comenzaban á emplear las ventajas de sus cuerpos y de sus almas contra los enemigos de su patria, que lo eran casi todos los demás pueblos de esta tierra mexicana; por la cual iban aquellos jóvenes indios, hechos caballeros tigres, caballeros águilas, caballeros leones, cubiertos con vistosas pieles y suntuosos plumajes dispuestos en disfraces representativos de estos fieros animales, y regaban la sangre de su patriotismo, prodigaban el sobrante de su valor, ensanchando el odio á su crueldad, para tener una vida llena de honores militares ó una muerte feliz, á la que todos aspiraban, puesto que al caer los cuerpos exánimes en los combates, las almas ascendían á disfrutar cuatro años una existencia de delicias á la gloria del sol, para, después, dueñas de todos los matices de la luz, volver, transformadas elegantemente en rápidos y valientes colibríes, á vivir de la sangre de las flores á los verdes jardines del Anáhuac.

A los cuatro ó cinco años, pues, de recibir Cuauhtémoc—esa real joven águila—la aplicación constante y eficaz de tan dura y sabia manera educadora; ya al afirmarse definitivamente sus cualidades psíquicas y sus capacidades intelectuales en el período de su adolescencia, en el cual tendrfa que tascar frenos implacables puestos á impulsos briosos y á instintos incautos, estarfa bien dispuesto á tender las alas vigorosas para batirlas digna y brillantemente en las regiones huracanadas de la guerra.

Así es como—después del indispensable aprendizaje práctico de las pugnas de la muerte, al cuidado de algún capitán *tenochca* de fiero renombre y de rango esclarecido, quizás en la guerra llevada á Tlaxcala en busca del heroico Tlalhuicolle, gigante de cuerpo y de corazón, ó en la gloriosa y desgraciada de Michuacan, ó en la emprendida contra Mallinalli, cuando se trató de debelar la altivez mixteca que osó negar á Moctezuma un árbol raro de flores nunca vistas—pudo Cuauhtémoc hacer, á los trece años de edad, que el *tlacuilli* que historió las lejanas campañas de Iztatlallocan y Quetzaltépec, contara en uno de los gallardos y orgullosos jeroglíficos del Códice Telleriano-Remense, que el hijo de Ahuítzotl, con el Capitán Ilhuiltémoc, se habfa distinguido en estas últimas empresas militares, por las hazañas de su valor.